

El sabor del amor.

Spookcit es una ciudad pantanosa, compuesta de varios pisos de metal oxidado y madera podrida; mientras más arriba vivas, más pudiente eres. En esta ciudad vivía un científico, hechicero y médico. Fue uno de los más grandes de su tiempo, conocido por casi toda persona importante, desde la que vivía en los bajos mundos hasta los dirigentes de países. Creó la cura para más de un centenar de dolencias, incursionó en la magia oscura elaborando los hechizos prohibidos sanadores más potentes hasta la fecha, y solo había dos cosas que no podía superar: la muerte y el amor que le tenía a su amada.

Su nombre era Lissena, una mujer con la piel pálida, cabellos dorados y un aura tan bella y delicada que dejaría enamorado a cualquier hombre.

Muchos decían que era un ángel que descendió del cielo, y que algún día volvería a estar al costado de Dios. Pues la mujer padecía de una rara enfermedad: su cuerpo era incapaz de absorber la magia, lo que en este mundo sería lo equivalente a no respirar. La única manera en que podía mantenerse con vida era obteniendo maná de distintas maneras, desde su comida hasta inyectársela directamente al torrente sanguíneo.

Pero pese a eso, vivió lo suficiente; lo suficiente para enamorarse de nuestro protagonista. La dama y el hechicero, su amor fue apasionado, tan fuerte como el hierro, pero tan efímero como el atardecer.

La mujer deseaba con toda su alma convertirse en madre, ver la cara de un niño engendrado por ella, aunque eso fuese lo último que hiciera. Su esposo se opuso, pues esto la pondría muy vulnerable, pero al ver la determinación de su amada, al final terminó cediendo.

Los primeros meses de embarazo fueron los más fáciles, pero conforme el bebé se gestaba dentro de ella, la cosa se complicó más y más. Al final, la dama fue incapaz de sobrevivir pasados los seis meses de embarazo. Ella murió al atardecer, sin sentir dolor, sin queja alguna, sin derramar lágrima alguna; solo cerró los ojos y no volvió a despertar.

Muchos dijeron que ella regresó al cielo, donde viviría con su hijo para siempre. El hechicero, por su parte, estaba destrozado. Pese a darle los mejores cuidados que tanto la magia como la ciencia podían ofrecer, su amada simplemente se fue ante sus ojos. Todos sus inventos, todo su trabajo, al final no sirvieron de nada.

Desde el día que la dama se fue, el hechicero dejó de moverse, dejó de comer, dejó de soñar y de inventar. El polvo se iba acumulando, el moho creció en las paredes, los hongos tomaron lo que alguna vez fueron delicadas y bellas habitaciones.

El hechicero había muerto en vida... o al menos hasta que el diablo tocó su puerta.

Anima Pecco, ese era su nombre. Un forastero proveniente de tierras inexploradas. Al escuchar de las grandes hazañas del hechicero, viajó únicamente para conocerlo en persona. Pero solo encontró a un hombre demacrado, loco y podrido. Anima Pecco preguntó las causas de su dolor.

Al contárselas, el forastero no pudo evitar reír.

—El amor es una distracción para conseguir cualquier objetivo. Si nunca te hubieses enamorado de tu esposa, seguramente podrías haber curado su enfermedad.

El hechicero no respondió; sus perdidos ojos, fijos en el vacío, no se inmutaron por las palabras del forastero. No hasta que este dijo:

—Pero aun muerta, aún puedes tener descendencia con ella.

Las palabras del forastero llamaron la atención del hechicero. “¿Cómo planeas hacer eso? ¿A qué te refieres?”

—Claro, si estás dispuesto a ayudarme también.

El hechicero accedió. No importaba lo que tuviese que hacer, si al final su amada, o parte de ella, podía regresar.

Dos años pasaron, y de un huevo nació la hija del hechicero, tan hermosa como solía ser su madre, con una piel delicada y el cabello blanco como la nieve. La vida del hechicero había recuperado su color. El forastero, con el trabajo terminado, cobró su parte del trato y se fue, dejando al hechicero tras de sí.

La niña creció; su vida estuvo llena de amor, tuvo un padre ejemplar, una educación excepcional... todo, a excepción de una madre. Y aunque su padre constantemente le contaba la historia de su madre, ella jamás pudo llenar ese hueco en su corazón.

O eso pensaba... Un día, mientras jugaba, encontró una mancha en la pared; era lo que parecía ser una especie de hongo, moho para ser más exactos. De alguna forma, esto llamó la atención de la niña.

El estudio de los hongos no es algo que llamara la atención en este mundo, salvo por sus usos en diferentes pociones. El hongo que encontró la niña se trataba de un hongo comúnmente llamado mancha verde. No era venenoso; crece comúnmente en materia

orgánica en descomposición y en lugares con bastante humedad y niveles altos de magia. Un hongo común en todo el mundo.

El hechicero incentivó a su hija a seguir con su curiosidad por los hongos. Pronto, la niña empezó a estudiar todo tipo de hongos, desde los más llamativos hasta aquellos de los que solo unos pocos sabían de su existencia.

Los años pasaron; la hija del hechicero creció y creció hasta su cumpleaños número quince, cuando un día simplemente se fue a dormir y jamás despertó.

El hechicero entró en desesperación; no había razón aparente para el deceso de su hija: ninguna enfermedad, ningún malestar, todo parecía estar en orden. Era como si su vida simplemente tuviese fecha límite.

El hechicero entonces fue a buscar al forastero que lo ayudó hace tantos años, pero no lo encontró; el hombre había desaparecido de la faz de la tierra.

No había esperanzas para el pobre hechicero; sin embargo, ya había perdido a su hija una vez, no volvería a perderla y la traería de vuelta a cualquier costo. Pasaron semanas, meses, y finalmente el hechicero encontró la respuesta a todas sus preguntas.

La mancha verde fue la causante de todo esto. El hongo creció dentro de los pulmones de su hija; el crecimiento fue tan acelerado que solo bastó una noche para matarla. Sin embargo, también en ese hongo estaba la respuesta: el hongo tenía propiedades conservativas; siempre y cuando hubiese humedad, el hongo mantendría intacta la superficie en donde se alojara.

Y así, sin más, el hombre fue a comprobarlo por sí mismo, abriendo la tumba de su hija y encontrándola cubierta por el moho, con esporas saliendo de ella. El hechicero se cubrió la boca y procedió a llevársela.

Como era de esperar, la mayoría de su cuerpo estaba bien; solo algunas extremidades estaban empezando a pudrirse, siendo devoradas por pequeños gusanos. No solo eso: también se habían comido algunos órganos internos como el hígado, el páncreas y el corazón, pero dejaron intacto el cerebro, que estaba cubierto por completo por la mancha verde.

Entonces, ¿cómo volvería a traer a su hija de vuelta? Intentó con varios hechizos; mientras el cerebro de su hija estuviera intacto, aún habría esperanza. Pero aún no existía un hechizo para volver de la muerte, por lo que el hechicero decidió que haría uno con sus propias manos.

La magia funciona de muchas maneras; muchas veces es algo que incluso el hombre es incapaz de descifrar en su totalidad. Para hacer un hechizo correctamente, uno debe ser capaz de conocer al milímetro lo que quiere cambiar; en este caso, el cuerpo humano. Para el hechicero, que trabajó tantos años como médico, era algo con lo cual estaba muy familiarizado. Así que, con eso sobre la mesa, fue a la parte más oscura de la ciudad para hacer negocios.

Bajo un trato de ayuda mutua, el hechicero logró conseguir una Aesfera roja, una herramienta mágica hecha con el alma de cientos de vidas inocentes, generalmente usada para hacer magia negra; a cambio él compartiría los avances de su investigación con “ellos”.

El hechicero inició: primero empezó por sustituir las partes faltantes del cuerpo de su hija por prótesis mágicas, hechas de carne sintética, pero no lograban soportar la intensidad del hechizo. Después cambió por prótesis más resistentes, utilizando materiales más duros, pero tampoco soportaron. Por último, decidió utilizar carne real, visitando morgues para negociar por las partes de los cuerpos que aún estuvieran en buen estado.

Esta vez pareció que funcionó: por unos segundos su hija se movió, levantó su mano izquierda y después la dejó caer. El hechicero saltó de felicidad; no podía creer que finalmente tuviese avances en traer de nuevo a su hija.

Los días pasaron y el hechicero siguió avanzando, puliendo cada vez más los detalles. Primero empezó a usar la carne de mujeres en el rango de edad de su hija; después, las que tuviesen el mismo tipo de sangre; usó distintos hechizos de metamorfosis para que su piel se asemejara a la de ella y empezó a llenar su cuerpo con sangre.

Al final de todo esto lanzó el hechizo y su hija finalmente pudo mantenerse en pie por sí misma durante cinco minutos; acto seguido volvía a desfallecer.

Había algo, algo faltaba para poder terminar su trabajo... Fue entonces que se le pasó una idea por la cabeza: “¿Y si usara a gente viva?” Cruzaría muchas líneas con eso, pero para alguien que incluso accedió a usar una esfera de sangre y magia negra, no había vuelta atrás.

Buscó en el pueblo entonces a mujeres que tuviesen la misma edad de su hija; le pidió ayuda a “ellos” para poder secuestrar a algunas. Muchas de ellas eran niñas con esperanzas, sueños y familia; al final terminaron en el laboratorio del hechicero, donde este cortaba la carne viva de ellas mientras aún eran conscientes, observando cómo su piel era cortada milimétricamente, cómo sacaba con rapidez y delicadeza sus órganos, y las mantenía con vida el tiempo suficiente para ver cómo un cadáver se

levantaba con sus extremidades, cubierto de pelillo verde, abría sus ojos solo para verlas morir minutos después.

Los avances del hechicero fueron más allá: su hija podía mantenerse en pie y caminar durante una semana entera; ella era incapaz de hablar o de hacer algo más que pararse y andar. Al pasar la semana, la chica volvía a caer.

Y con cada sacrificio que hacía, su hija se mantenía en pie durante más tiempo, hasta que encontró a alguien.

Mientras caminaba por la ciudad vio a una joven muy parecida a su hija: su piel era blanca y tendría, más o menos, su misma edad. El hechicero fue directamente a hablar con esta joven, pero su mano fue detenida por una mujer bestia.

Animales que, con magia, adquieren una forma humana; algunos aún conservan rasgos de su origen feral, como colas o colmillos, pero a grandes rasgos parecen más humanos que animales. Se desconoce el motivo por el que esto sucede, pero es común que mascotas o animales criados por humanos despierten un día como hombres bestia.

La mujer bestia parecía tener rasgos caninos: tenía una cola llena de pelo y sus manos parecían tener más pelo de lo habitual, además de uñas en forma de garra. La mujer perro miró al hechicero y dijo: —Te prohíbo acercarte a Mimi; ella es mi dueña y tú eres un hombre peligroso, hueles a sangre. ¡Aléjate de aquí o te morderé!

La gente de los alrededores empezó a voltear hacia ellos, esperando una escena. La joven mujer volteó y sujetó la mano de su perro. —Discúlpenos, ella suele ser muy sobreprotectora. Bolita, no molestes al señor.

El hechicero solo sonrió gentilmente y siguió su camino, aunque era cuestión de tiempo para que “ellos” le llevaran a la chica a su laboratorio de cualquier forma.

Una vez ahí, la joven, atada sobre una camilla llena de sangre seca, miró al hechicero. —Así que Bolita tenía razón; sí eras un hombre peligroso.

El hechicero no respondió y siguió con los preparativos para el hechizo.

La joven mujer siguió hablando: —¿Qué es esto? ¿Es una clase de experimento raro?... Vamos, responde; al menos sé un poco cortés.

El hechicero la miró de reojo y respondió: “Es un hechizo de magia negra.”

—¿Magia negra?! ¿Eres capaz de usar magia negra sin caer en la locura?... Bueno, me tienes secuestrada; supongo que es un sí a medias, ¿no? —dijo la chica, tratando de suavizar el ambiente.

El hechicero se mostró inmutable ante las palabras de la joven Mimi, pero ella aún seguía tratando de hablar con él.

Mimi observó la otra cama: como una mujer muerta, cubierta por una manta, yacía dormida, cubierta de moho, con costuras por todo su cuerpo, con parches de piel en casi todo lugar.

—¿Ella quién es? ¿Es para hacer el hechizo?

El hechicero no respondió.

—Como no dices nada, haré mis propias conclusiones. Yo digo que esa chica es un golem y planeas usarme para hacer que se mueva... ¿no?

El hechicero finalmente habló: “Ella es mi hija, voy a traerla a la vida.”

Mimi abrió los ojos, sorprendida por esa afirmación. —¿De veras? ¿Es eso posible...? Digo, parece un cadáver en toda regla; no es como si hubiese muerto hace poco.

—Pues mi hechizo ha estado funcionando hasta ahora —respondió el hechicero.

Mimi, en burla, dijo: —Pues yo no la veo muy viva que digamos.

El hechicero, furioso, se dirigió a Mimi y exclamó: —“¡Lo sé! Pero por eso tú estás aquí; tú eres muy parecida a ella, eras el último clavo que faltaba para terminar mi rompecabezas... tú eres la respuesta.”

Mimi miró al cadáver: —Pues yo no estoy verde. ¿Y si no funciona?

—Funcionará, te lo aseguro; y si no, encontraré la forma de mejorar mi hechizo y lo haré de nuevo y de nuevo hasta que funcione —respondió el hechicero.

Mimi miró con lástima al hombre: —¿Y si no funciona nunca? ¿Por qué no simplemente te rindes? Tú no disfrutas esto, ¿verdad?

—¿Quién mierda disfrutaría esto? Matar y matar solo para avanzar un poco cada vez... ver todos mis esfuerzos caer al suelo una y otra vez... no sé cómo miraré a la cara a mi hija si esto algún día termina... pero no tengo otra opción, porque si existe la posibilidad de que ella pueda volver a sonreír en este mundo, sacrificaría a todo el mundo de ser necesario.

Mimi no pudo evitar reír. El hechicero preguntó: —¿De qué te ríes? ¿Esto te parece patético, niña?

—No para nada, pero sí un poco cursi. Hablaste igual que mi perrita Bolita; claro, ella no hace experimentos con magia negra, pero bueno, tú entiendes... —respondió Mimi.

El hechicero entonces sacó de uno de sus cajones una jeringa con anestesia, inyectándosela a la joven en todo su cuerpo. —Fue agradable hablar contigo, niña, pero voy a matarte dentro de poco... no me lo tomes a mal.

—Bueno, tampoco es como si esperase que una charla me salvara la vida... bueno, tal vez un poco. Antes de que me mates, ¿puedo pedirte un favor? No es escapar ni nada por el estilo.

El hechicero asintió con la cabeza.

—Bien, en ese caso, ¿puedo escribirle una carta a Bolita? Ella no parará de buscarme, así que quiero dejarle una carta de mi parte. Prometo que no intentaré liberarme ni nada por el estilo.

Así fue como el hombre liberó ambas manos de la chica. Ella se sentó, él le dio papel y lápiz, y la joven empezó a escribir torpemente la carta. La pluma, de vez en cuando, se le caía de las manos y el hombre la recogía por ella.

Mientras escribía, Mimi habló: —Tú... realmente amas a tu hija, ¿no es así?

—Como no tienes idea.

Mimi continuó escribiendo: —Yo también quiero mucho a Bolita. La encontré en un basurero; era blanca y muy pequeña. La adopté, y desde ese día fuimos inseparables. Un día despertó y se había convertido en una mujer bestia. Fue muy gracioso al principio, pero a fin de cuentas era mi Bolita, no importaba cómo se veía... Los hombres que me trajeron aquí la lastimaron; accedí a venir pacíficamente si la dejaban en paz... no pude despedirme de ella.

El hombre solo apartó la mirada, incapaz de ver a la joven a los ojos.

—Mucha gente dice que los hombres bestia se convierten por amor... de ser así, no me parecería descabellado. Pero mi Bolita siempre me ha dicho que ella se convirtió porque se lo pidió a una estrella... Si veo una estrella camino al cielo, desearé que su hija regrese, señor.

La carta de Mimi fue terminada; el hombre la recibió prometiendo hacer que llegara a ella. Entonces el sufrimiento de la jovencita empezó: sus brazos y piernas fueron

cortados lentamente, con pequeños cortes hasta la dermis para delimitar las partes que serían removidas. Ella alzó la vista, intentando no mirar; no quería mirar hacia abajo, pero inevitablemente lo hizo. Su respiración se agitó y solo mordió sus labios para evitar gritar. De sus mejillas, lágrimas empezaban a brotar, cayendo sobre las manos del hombre, que, sin inmutarse, continuó.

Mimi, que tartamudeaba, habló: —Lo-o si siento... me prometí que no-no llo-lloraría, pero no puedo evitarlo... supongo que tengo miedo de morir.

El hombre siguió; no dejaba que las palabras de Mimi lo distrajeran de su operación. Solo se movía mecánicamente, con precisión y rapidez.

Fue entonces que Mimi empezó a sentirse más fresca de algún modo, como si metiera las piernas en agua fría, solo que, al mirar abajo, ella ya no tenía piernas. Mimi entró en desesperación, pero solo tomó un suspiro y cerró sus ojos.

Y así la operación siguió, hasta que después de unos diez minutos había terminado, todo listo para alzar una vez más a su hija. El hombre marcó las runas y empezó a conjurar el hechizo.

Su hija se alzó una vez más... ella se levantó frente a su padre, que la miraba atónito.

—Hija mía, finalmente regresaste de entre los muertos. Te he traído para que vuelvas conmigo, para poder ser felices juntos una vez más —exclamó el hombre.

La hija solo lo miró, con sus ojos podridos, llenos de moho, apenas manteniéndose en pie, y con unas palabras dichas con la voz de nadie, dijo: —Deten...te.

Señalaba justo detrás del hombre, donde estaba el cadáver de Mimi.

El hombre no la había visto, pero Mimi murió con una sonrisa en el rostro. Su hija lentamente caminó hacia donde ella estaba, tambaleándose, y cuando finalmente llegó, se recostó junto a ella, la abrazó y finalmente murió.

No había nada que hacer: finalmente su hija murió, no porque la magia dejara de hacer efecto o porque las partes de su cuerpo no soportaran el hechizo. Ella murió por cuenta propia al ver lo que su amado padre había hecho. Así como es posible regresar por amor, también es posible morir por amor.

El hombre simplemente cayó al suelo; no tenía intención de hacer nada más. Y así pasaron los días, las semanas, los meses. Tres cuerpos en descomposición yacían donde alguna vez fue el lugar donde el amor floreció, el lugar que fue un infierno en vida, la tumba de muchas almas.

De entre la podredumbre, las moscas y los gusanos, alguien nació.

Al final, la estrella había cumplido su palabra, pero no llegó lo suficientemente rápido. El cuerpo de la hija, la que había iniciado todo, se alzó sin magia, sin tecnología, sin sacrificio o dolor alguno... simplemente se levantó, buscando a su padre. Grande fue su dolor al ver que él ya no la esperó.

La niña que nació del amor, incapaz de ser amada.

Incapaz de llorar, ella simplemente se acercó a donde estaba su padre y lentamente empezó a consumirlo; cada bocado de carne putrefacta solo hacía que a su mente llegara lo que pudo ser. Cada mordida, un “te amo” jamás dicho; cada hueso triturado, una anécdota que nunca pasaría.

Pero al final saboreó con gusto todo eso, pues ese era **el sabor del amor**.